

de su vida la idea favorita que le traeria constantemente ocupado; participando de la naturaleza de aquellos hombres cuya juventud pasó entre agitaciones, quienes al fin de su carrera se consagran regularmente al culto de un pensamiento humanitario ó piadoso, y de una fisonomía tanto mas serena, cuanto fueron descabellados ó tumultuosos los proyectos que absorbieron en otro tiempo toda la actividad de sus potencias.

## VIII.

## TAMBIEN LAS MONJAS SE PRONUNCIAN:

Pero hasta de digresion.

Y con todo, sin digresiones no formamos la historia que nos hemos propuesto, porque las monjas no la tienen propiamente tal, si ya no es que por historia se entienda el reflejo de la vida doméstica.

En efecto, con escepcion de las noticias tocantes á la ereccion del instituto, primeras personas que lo abrazaron y auspicios bajo los cuales se verificó tal ó cual fundacion perteneciente al mismo, ¿qué le queda al investigador sino el relato un si es no es abigarrado y grotesco de sucesos tomados de la historia general del país en que se vive, cuando tienen conexión mas ó menos íntima con la existencia del monasterio de que se trata?

¿O sería bien zurcir con lo dicho un compendio de la regla que observa la comunidad, una tabla que manifieste el estado de las rentas del convento en diversas épocas, ó un cuadro descolorido de las costumbres de aquella, siempre las mismas desde los tiempos mas remotos?

En cuanto á lo primero, baste decir, que la regla de nuestras concepcionistas es como quien dice nada, todo lo mas apetece-

ble, lo más escelente, lo más prodigioso, lo más divino; es en suma, según espresa su título—*llave de oro para abrir las puertas del cielo.*

Por conquistar esta llave ¿no habrían desistido los argonautas de la famosa empresa que los condujo á las playas de Colcos?

Por lo tocante á lo segundo, sin entrar en intimidades, solo indicaremos que el monasterio llegó á encerrar ciento treinta religiosas de velo según el cronista Vetancurt nos lo ha contado: no concediendo á cada una sino cuatro mil pesos de dote, tenemos la suma de quinientos veinte mil pesos, importe de todos los dotes, que unida á otro tanto, cuando menos, de fondo de manos muertas, componen un millon cuarenta mil pesos; y ya se ve si con un millon de capital no se disfruta una renta pingüe y generosa.

No se crea por lo espuesto que siempre fue tan lisonjero el estado de esas rentas; tiempos hubo de asictiva escasez, en que el hambre pálida solía tiranizar al convento, dando á cada religiosa una limitadísima racion en especie diariamente, ó suministrándole doce reales para alimentos correspondientes á toda una semana; pero no ha sido esto lo general, y aun en nuestros tiempos de decadencia, cuando los terribles jaques de los gobiernos que se han sucedido en el país han hecho empobrecer el tesoro de las monjas hasta un grado lastimoso, todavía las rentas acudian á estas en tropel y con semblante benévolo y sumiso.

Réstanos dar algunas pinceladas acerca del tenor de vida de las hijas de la Concepcion, que servirán al mismo tiempo para retratar el que siguen todas las que profesan la misma regla.

Compónese el hábito que usan, de una túnica blanca con escapulario del mismo color, una y otro de estameña, y un manto asimismo de estameña ó paño basto de color de cielo azul. En el manto y escapulario traen una imágen de nuestra Señora, cercada de los rayos del sol, y coronada de estrellas la cabeza, con guarnicion llana y decente, sin ser de oro, piedras ni esmalte: la del pecho está de suerte asida al escapulario que se puede quitar y poner cuando se quiera, sin trabajo, mientras que la del manto se halla cosida en él á la parte del hombro izquierdo. Entran como complemento de este vestido un calzado tosco, un cordon de pita ó cáñamo y una toca blanca de

lienzo, que cubre la frente, mejillas y garganta, y sobre ella un velo negro comun, sin adornos ni artificios.

“Por lo que respecta á la distribucion de las horas, á las cinco de la mañana se toca á prima, bajan las religiosas á comulgar en los dias de obligacion, y en los demas las que quieren; y en esto, dar gracias y el desayuno, se gasta hora y cuarto.

“A las seis y cuarto entran á rezar las horas, conviene á saber, prima, tercia, sesta y nona; los lunes se reza un nocturno de difuntos por los bienhechores, y los viérnes un nocturno del oficio parvo por los mismos. . . Desde pascua de Resurreccion hasta el dia de la Exaltacion de la Santa Cruz, se reza nona de doce á una, solo los domingos, y en esta hora entra media de oracion, que se tiene antes de rezarla, y en todo este tiempo de doce á una se guarda silencio, para lo cual anda una celadora con una campanilla.

“De siete á siete y media oyen misa conforme á la regla. . . á las ocho y media se toca á sala de labor, á que asisten todas, aun algunas enfermas que no estan del todo impedidas (como son las habituales) por tiempo de una hora, y de ella la media é tres cuartos es de leccion espiritual. Acabada esta, se retiran á sus celdas unas, otras á sus oficinas, y la que tiene reja á ella, siendo de advertir que en tiempo de cuaresma y adviento no las hay, ni dia de comunion de regla, ni cuando está patente el Divinísimo, ni en estos tiempos van al torno.

“Luego que dan las doce tocan á refectorio, adonde van todas las no impedidas. Las criadas llevan la comida hasta sus puertas, y allí la reciben y ministran las religiosas que turnan, y hay entre tanto leccion espiritual.

“A las dos y cuarto tocan á visperas, comienzan á las dos y media, y acabadas, rezan completas, y los lunes, miércoles y viernes se reza el salmo *De profundis* por los bienhechores. . .

“A las cinco tocan á maitines, entran al cuarto, rezan laudes, en lo que se gasta una hora cabal, salen á refrescar un cuarto, y á las seis y media vuelven á entrar á coro, rezan el rosario, que dura hasta las siete; despues se tiene media hora de oracion; acabada se reza el *ave maris stella*, y otras devociones particulares de cada una, y regularmente salen á las ocho.

“Se retiran á sus celdas, ceñan, y á las nueve tocan á dormir, van al dormitorio todas, á excepcion de las que están totalmente imposibilitadas. La prelada da la bendicion, que dura

un cuarto de hora segun las oraciones que se dicen: ella misma echa el *asperges* en todas las camas, y cerradas las puertas de los dormitorios por la celadora, se entregan las llaves á la prelada.

“De nueve á diez anda una celadora todo el convento, cuidando del silencio y de que estén cerradas las celdas.”

Estractamos estos apuntamientos sobre el método de vida de nuestras monjas, de la *Sinópsis histórica de la fundacion y progresos de el sagrado orden de religiosas de la Purísima é Inmaculada Concepcion, y del real convento de Jesus Maria de Méjico*, que dió á luz el Lic. D. Baltasar Ladron de Guevara; y aunque este opúsculo se refiere á las costumbres observadas por las religiosas en la época en que se redactaba, esto es, á fines del siglo próximo pasado, podemos afirmar que en el dia no se ha introducido variacion alguna, porque es sabido, que en establecimientos de esta especie los usos y costumbres se perpetúan sin alteracion por muchos siglos.

Tenemos, pues, descrito un dia en el convento, que eslabonado con otros forma la historia monótona, tranquila y uniforme de la vida en el claustro, modificada solo de cuando en cuando por la entrada del confesor para alguna enferma, la eleccion de abadesa, las visitas del médico ó del prelado diocesano, y en otro tiempo las de llegada ó despedida que hacian á las monjas los vireyes.

Imposible parece que criaturas tan amables, sustraídas á miradas profanas como flores de un palacio encantado, que se gozan en el retiro como ángeles de paz y de inocencia; vírgenes hermosas enamoradas solo del cielo y que viven constantemente embriagadas de amor divino, en medio de una atmósfera que fomenta los sentimientos tiernos y ocasiona los suaves deliquios celestiales; imposible parece, decimos, que criaturas como estas, que al parecer no tienen de humano mas que la figura, hayan dado á entender alguna vez que las miserias y delirios del mundo anidan tambien en el seno de la observancia religiosa, y que á pesar de la oracion y los raptos, á pesar de las dulzuras ascéticas, el corazon humano es el mismo en todas partes.

Concebimos muy bien que hay consecuencia en la conducta de quien dijo:

Siempre el juguete fui de mis pasiones.

Fue un poeta desgraciado, escéptico de remate, mas escéptico que Byron, su modelo; sí, porque Espronceda sentia clava-

da la duda en las entrañas, y el gran lírico inglés la alimentó no pocas veces solo por ostentacion ó por sistema: concebimos muy bien que sus acciones fuesen casi siempre dictadas por la fiebre de ambicion que le devoraba, que declamase contra todo sentimiento noble, juzgando incapaz de virtud á la naturaleza humana, y que buscara la felicidad en el torbellino de los placeres mundanos ó en el contentamiento de las pasiones revolucionarias: concebimos muy bien que las almas del mismo temple sigan sus pisadas; pero las monjas! . . . Y no cabe la menor duda: las esposas del Cordero sin mancilla han echado á espaldas alguna vez las sublimes lecciones que les da el Esposo en el seno del retiro; las monjas de la Concepcion han intrigado, revolucionado, armado una asonada, empuñado armas mortíferas, puesto manos airadas en la superiora, vociferado, corrido como posesas, como bacantes, en una palabra. . . se han pronunciado!

Y este escándalo ha tenido verificativo en el período de mas fervor religioso, en pleno gobierno colonial, á principios del siglo décimooctavo, cuando aun ardía el brasero insaciable de la plazuela de San Diego.

Y no esperaron la llegada de la noche; no se avergonzaron al verse frenéticas, con el rostro contraído de cólera y respirando venganza, mientras la luz del sol reflejaba cariñosamente en la torre del convento, mientras la brisa sutil de la mañana mecía los tallos lánguidos de las plantas que cuelgan de las cornizas, mientras llegaban á los claustros las oleadas fragantes del incienso que se quema á esas horas en el templo ante los altares, y mientras el esmaltado *chupa-rosa* visitaba, saludaba, besaba las flores del jardin, volando de unas á otras como una centella fosfórica.

No repararon en lo poco que les sentaba el mirar iracundo; la falta de compostura, el desarreglo del hábito y las convulsiones de la rabia substituidas al aire de modestia, de humildad, de santidad inherente á las buenas religiosas; y poseidas de arrebatada demencia buscan armas, las empuñan y blanden con unas manos acostumbradas solo á tocar las cuentas del rosario.

Están resueltas, resueltas á aniquilar al objeto de sus furores; quieren apagar su encono en la sangre de una víctima, de la abadesa, su hermana, su madre, á quien deben amor, sumision, filial obediencia. . .

Y estas escenas pasan en el claustro, mientras el mundo las cree en oracion implorando favor para los desgraciados pecadores, y vestidas de cilicio y ayunas para aplacar la cólera del Eterno.

¡Hay horas en que el mundo camina dando tras piés como un beodo!

¡Y cuál fue la causa del tumulto monástico?

Jamás llegó á traslucirse para los profanos, impenetrables como son los muros de un convento, y hasta el presente nadie la sabe.

Cúbrela el misterio con sus alas de crespon, y todo lo que nos ha llegado de ese acontecimiento es la nota que de él tomó D. Antonio de Robles en su diario, y es la siguiente:

"Viernes 30 (Setiembre de 1701), como á las nueve del dia, poco mas ó menos, fue el señor arzobispo (el Illmo. y Excmo. Sr. D. Juan de Ortega Montañés) en la carroza del provisor, el cual y el canónigo D. Rodrigo Flores, fueron acompañándole al convento de la Concepcion, por habérsele dado aviso de que habia motin entre las religiosas contra la abadesa, y que la querian matar, como hubiera sucedido si su Illma. se hubiera tardado una hora, el cual las sosegó y compuso con harto trabajo, por estar tan inquietas, que al mismo arzobispo respondian y hablaban con resolucion y claridad.

## IX.

## UNA PROMESA CUMPLIDA.

Sin embargo, no se crea que las monjas de la Concepcion vivieron siempre entregadas á tan descomunal anarquía, y en obsequio de su bien grangeada reputacion, diremos que en la historia del convento puede considerarse el escándalo antes descrito como un paréntesis odioso, trazado por el genio del mal aprovechando un descuido del espíritu de observancia religiosa;

fue, en suma, el *cuarto de hora* funesto que aqueja á todo mortal en su vida, y en el cual se muestra débil el fuerte, estúpido el sábio y pecador el virtuoso.

Por lo demas, nuestras monjas fueron dechado de religiosas, y aun hubo algunas que vivieron y murieron en opinion de verdaderas santas. Ignoramos sus nombres; pero la tradicion nos ha conservado algunos de los hechos que mas contribuyeron á fijar su existencia en la memoria y en la veneracion de sus hermanas, y aunque envueltos en los dorados celages de lo maravilloso, todavía fuera interesante la noticia de todos ellos en un libro especial, contentándonos nosotros con la relacion de uno solo, que se refiere á una venerable maestra de novicias.

Poseía esta monja el don de profecía, y hojeaba el gran libro del porvenir descubriendo los secretos de la existencia, como recorria las páginas de su breviario para hallar las oraciones de su rezo diurno. Veía ademas lo íntimo del corazon humano con la misma claridad que en un remanso de agua limpia se perciben las arenas brillantes, las guijas aglomeradas caprichosamente y los enjambres de larvas que circulan en torno de las peñas.

Era por lo tanto una persona, si bien respetada, temida, muy temida. Centinela siempre alerta para observar la conducta de las religiosas, testigo invisible de todo cuanto pasaba en las celdas y en los mas remotos ángulos del monasterio, el simple recuerdo que de ella se hacia era una amonestacion ó un reproche, y lo que menos inquietud causaba era su presencia en persona.

Con todo, estaba favorecida del cielo con tanta modestia, con tanta benevolencia, con tanta amabilidad, que de todas las moradoras del claustro era buscada y solicitada en las aflicciones, en las perplejidades y en todos los cuidados de la vida como el consuelo mas pronto y seguro, como un ángel tutelar y como el mejor intérprete á la vez que medianero para con Dios.

De aquí nacia la ilimitada confianza que inspiraba á las novicias; confianza mas delicada y grata que la que se establece entre una hija inocente y una madre virtuosa y llena de experiencia; confianza que abria enteramente los corazones de una y otras para comunicarse en amoroso abandono sus pensamientos y afectos y aun sus mas insignificantes deseos. En una palabra, la encantadora maestra de novicias era para con ellas,

no el mentor severo, inflexible, tiránico y agrio que las desalentara para proseguir por el sendero del bien ponderando los tropiezos de que está sembrado, sino la directora ilustrada, deferente para todo lo que no importaba una trasgresion de los preceptos monásticos, suave en las reprensiones, sencilla en los consejos, humilde al inculcar el amor á la perfeccion evangélica, y en suma, no una maestra, sino una verdadera amiga.

Hallándose un dia esta buena señora en conversacion con las novicias, pronunció estas palabras:—Luego que haya profesado la que menos tiempo lleva en el convento, emprenderé yo el viaje que tanto deseo.

No todas las novicias comprendieron el oculto sentido de esta espresion, aunque la mayor parte vió en ella una prediccion de la cercana muerte de quien la habia proferido. Entristecieronse algunas y dudaron otras; pero el hecho correspondió á la profecía.

Poco antes de morir la venerable monja, rodeáronla todas las que habian sido sus alumnas, y cada cual le hizo encargos para la eternidad; de esos encargos que consisten en recomendaciones á fin de alcanzar del Autor del bien tales y cuales ausilios para no naufragar en el tormentoso océano de la vida.

Una sola habia permanecido derramando sus lágrimas en silencio, sin atreverse á pedir nada á su madre, en cuyo rostro leía que estaba á punto de espirar; pero ella la animó diciéndole:

—Y tú nada tienes que encargarme para el Esposo!

—Es mucho lo que deseo, y no me atrevo á pedirlo.

—No desaproveches este instante, dime lo que mas deseas.

—Pues bien, quisiera saber, como tú, madre mia, el día de mi muerte con toda la anticipacion necesaria para prepararme á ese trance de una manera especial.

—Yo te prometo venir á anunciártelo cómo y cuándo mas convenga á tu eterna salud.

—¿De veras!

—Y morirás conforme á tu deseo; ese deseo que no tienes valor de comunicarme.

Falleció la maestra de novicias: su hábito, los utensilios que le pertenecian y hasta las flores que la adornaron en su ataúd, se repartieron entre los individuos de la comunidad como sagradas reliquias.

Pasaban los años, y entre tanto la monja tímida no olvidaba la promesa de la que fue su maestra.

Pero ¿cuál era el deseo que no se había atrevido á manifestarle?

Era una puerilidad, si se quiere; pero al fin era un deseo inocente, y de que no tenía que avergonzarse: quería morir escuchando la música tierna, suave y conmovedora del himno que se entona en las profesiones de las religiosas y que empieza con estas palabras: *Veni sponsa Christi*.

Acercábase ya nuestra monja á la vejez, y al entrar un día á coro notaron sus hermanas que se había detenido á escuchar como si conversara con ella un espíritu: concluida la oracion se apresuró á pedir licencia á la abadesa para hablarle á solas: nadie supo de qué trataron en aquella entrevista; pero lo cierto es que la monja se retiró desde luego á la ermita destinada á ejercicios espirituales mas continuos y perfectos, de donde salió pasada una semana y en la víspera de la profesion de una novicia.

Reflejaba en su rostro una luz serena; distrábase distrábase á durante la conversacion, y sus miradas parecian fijarse en un objeto que no era de este mundo.

Nadie, sin embargo, se acordaba ya ni de la maestra de novicias, ni de la promesa que habia hecho poco antes de espirar; y una y otra hubieran quedado sepultadas para siempre en el olvido, si al dia siguiente, cuando se cantaba el *veni sponsa Christi* durante la profesion de la novicia de que acaba de hablarse, no hubieran visto las monjas reunidas en el coro bajo, que una de ellas, la que acababa de salir de *ejercicios*, desfallecia al escuchar las delicadas y apacibles melodías del himno, y que poco á poco vino á tierra pronunciando distintamente estas palabras:

—Gracias, madre mia; muero, y tu promesa está cumplida.

## X.

## TRASFORMACION.

El recuerdo de la ermita donde se preparó á morir nuestra religiosa amante del *veni sponsa Christi*, nos conduce á buscar ese lugar en el convento para describirlo, ya que desde el año de 1701 en que acaeció el pronunciamiento de las monjas, hasta su traslacion al monasterio de Regina en el de 1861, se presenta en su historia un gran vacío que no podemos llenar con la relacion de ningun otro hecho ó acontecimiento de importancia. Pero tropezamos con un inconveniente, y es, la incertidumbre respecto á la situacion de esa ermita, ahora principalmente cuando la gran manzana que ocupaba la morada de las concepcionistas se ve cruzada por calles para cuya apertura ha sido menester derribar no pequeña parte del edificio.

—¿Quién sabe si la capilla que buscamos está reducida á escombros y nos fatigamos en vano?—Tal era la pregunta que nos haciamos una tarde al atravesar por una de las nuevas calles susodichas procurando estudiar los muros derruidos, páginas desordenadas de aquel gigantesco libro de piedra.

—Mas entremos á esa gran casa de vecindad, que fue no ha mucho tiempo uno de los mas amplios y cómodos departamentos del monasterio.

—Aquí hay algo que ver, nos dijo sin ser preguntada una jóven que encontramos á la puerta; aquí, pasado el patio, y luego el callejon largo, se llega á un patiecito oscuro donde hay una escalera que casi lo llena todo, y en uno de los lados está una pieza que se conoce fue capilla, porque dentro tiene un retablo, aunque muy viejo, y fuera junto á la entrada hay en la pared escritos algunos versos.

Agradecemos la indicacion, y pasamos á dar pávulo á la curiosidad recorriendo aquel edificio y llegando por fin á encontrarnos en el patiecito frente por frente de la capilla mencionada. Era tal cual se nos habia descrito, y los versos son los siguientes: